

THE CHARACTER OF THE MOTHER IN LA MUJER DEL CÉSAR BY PEREDA

RAQUEL GUTIÉRREZ SEBASTIÁN
ORCID.ORG/0000-0002-1170-6098
Universidad de Cantabria
Departamento de Filología
gsebastianr@unican.es

Abstract: *The aim of this paper is to study the female characters, particularly the maternal figures (portrayed negatively and positively) that appear in José María de Pereda's short novel La mujer del César (1876). This work, which was first published in the press and later integrated a volume with two other stories under the title of Bocetos al temple, is a text scarcely studied by previous critics and was one of the first stories of a certain length written by the Spanish novelist of conservative ideology José María de Pereda. The article attempts to demonstrate how the presentation of positive and feminine images of mothers, particularly those belonging to the aristocratic class, is essential in the moral approach of the novel of religious thesis cultivated by Pereda, among others.*

KEYWORDS: ARISTOCRACY; THESIS; CONSERVATISM; STEREOTYPES; MORALITY

RECEPTION: 03/02/2025

ACCEPTANCE: 17/03/2025

EL PERSONAJE DE LA MADRE EN LA MUJER DEL CÉSAR DE PEREDA

RAQUEL GUTIÉRREZ SEBASTIÁN
ORCID.ORG/0000-0002-1170-6098
Universidad de Cantabria
Departamento de Filología
gsebastianr@unican.es

Resumen: El objetivo de este texto es estudiar los personajes femeninos, particularmente las figuras maternas (negativa y positivamente retratadas), que aparecen en la novela corta de José María de Pereda *La mujer del César* (1876). Esta obra —que primero fue publicada en la prensa y después integró un volumen con otros dos relatos bajo el título de *Bocetos al temple*— es un texto escasamente estudiado por la crítica anterior y fue una de las primeras narraciones de cierta extensión del novelista regionalista español de ideología conservadora José María de Pereda. Se intenta demostrar en el artículo cómo la presentación de las imágenes positivas y femeninas de las madres —en particular las pertenecientes a la clase aristocrática— es esencial en el planteamiento moral de la novela de tesis religiosa cultivada, entre otros, por Pereda.

PALABRAS CLAVE: ARISTOCRACIA; TESIS; CONSERVADURISMO; ESTEREOTIPOS; MORALIDAD

RECEPCIÓN: 03/02/2025

ACEPTACIÓN: 17/03/2025

Es un lugar común afirmar la diversidad de fórmulas narrativas que aparecen en el complejo y apasionante panorama de la literatura española del último tercio del siglo XIX e indudablemente una de esas fórmulas es la novela de tesis. Estudios ya clásicos como los de Joan Oleza han demostrado la trascendencia y características de un modelo narrativo que tiene como finalidad esencial la educación moral y el fomento de las buenas costumbres. Recordando las palabras del gran estudioso de la novela decimonónica José F. Montesinos, explicaba Oleza que al desprecio de la novela por parte de los neoclásicos por su carácter ficcional se unió la exigencia de la honorabilidad moral en el género (Oleza, 1998: 410).¹

Este menosprecio de la novela como género que indicaba Montesinos y el peligro que conllevaba la pintura de los vicios sociales en ella estuvieron en la raíz de muchas polémicas literarias del siglo XIX, las cuales indudablemente influyeron en la construcción de la novela de tesis.

Una de las más relevantes fue la protagonizada por el político carlista Cándido Nocedal, que dedicó su *Discurso de Ingreso en la RAE* (pronunciado el 15 de mayo de 1860), al género novelesco. Destacaba Nocedal en su intervención la perniciosa influencia moral del género narrativo y advertía acerca de los peligros ideológicos que con la novela surgían. En esta disertación cargó las tintas contra un tipo de novelas: las que pretendían adoctrinar con causas “falsas”, las que hablaban de la libertad de la mujer, las que criticaban la institución del matrimonio, las que presentaban modelos femeninos desviados o ponían en evidencia la lucha entre pobres y ricos: “las novelas, como todos los demás géneros de literatura, van hoy fuera de su carril, porque se proponen

¹ José F. Montesinos (1955) diagnosticó las causas más específicamente literarias en las que vino a concretarse la frustración de nuestra modernidad: el desprestigio de la novela en la poética del neoclasicismo —menospreciada como género literario por su falta de alcurnia clásica— sería la primera de estas causas; el prejuicio atávico contra la ficción (que provenía de las poéticas medievales), entendida como mentira, ilusión peligrosa, así como otro prejuicio —si más moderno, no menos operante—: el de que la novela —espejo de costumbres y pintura de la sociedad—, al retratar los vicios de ésta, incitaba a practicarlos, sumaron sus esfuerzos para producir una segunda causa no menos efectiva que la primera, a la que Montesinos tildó de manía moralizadora, esto es, la exigencia de una honorabilidad moral que la novela debía ostentar como forma de pago de su incorporación a la práctica literaria institucionalizada (Oleza, 1998: 410).

indignamente atacar la organización social, y tender el vuelo por los nebulosos espacios de la ciencia política para destruir el principio de autoridad” (Nocedal, 1860: 386).

A renglón seguido de estas proclamas moralistas, proponía como plan para combatir este influjo de inmoralidad la creación de novelas en las que se defendieran los rectos ideales, como las obras de Fernán Caballero, que para Nocedal constituían el modelo que debía seguirse. Asimismo, censuraba el número excesivo de traducciones de novelas francesas y la publicación de folletines, elementos que dificultaban la creación de una novela española. Moralidad y casticismo, pues, como consignas en esa hoja de ruta que pretendió marcar el político conservador metido a académico.

La contestación a Nocedal corrió a cargo de Ángel de Saavedra, el Duque de Rivas, que insiste también en el hecho de que la novela es el género más importante del momento y que ha desbancado a los demás, ahonda en el fin moral de este tipo de obras y va más allá que el propio Nocedal, cuando señala el daño que está causando la lectura de novelas en la mujer, ser de naturaleza más flaca e impresionable que el hombre, corrompida moralmente por sus lecturas narrativas:

Y en novelas predicán su doctrina los partidos encontrados, y en novelas inculcan las más erróneas ideas, y en novelas las esparcen por la redondez de la tierra, haciendo de lo que debiera ser un entretenimiento inocente del género humano, la lectura más peligrosa y envenenada y el más seguro medio de corrupción y de trastornos. (Duque de Rivas, 1860: 40)

Estas consideraciones —unidas a las de amplios sectores de la Iglesia católica— calaron muy hondo en los pensadores y literatos conservadores de la época, y, en cierto modo, los indujeron a llevarlas a la práctica a través de la creación de novelas de tesis en el ámbito conservador, las cuales fueron contestadas con otras narraciones de signo contrario por parte de los novelistas liberales, en ese gran campo de batalla ideológica que fue la literatura del siglo XIX español.

Por sus temas y por la fidelidad de las lectoras al género narrativo, la mujer como personaje y como lectora fue esencial en la novela de tesis religiosa (empleo este término para referirme a las novelas escritas por autores de ideología conservadora). Para cumplir ese programa de educación moral femenina a

través de la narrativa, los autores conservadores y también los liberales emplearon los personajes femeninos, usados como modelos o contramodelos. Y entre esos personajes, las figuras de las madres fueron esenciales en el intento de adoctrinar con las narraciones, que fue la tarea central de los novelistas de tesis, labor que tuvo entre sus iniciadores a Pedro Antonio de Alarcón, quien en 1875 publicó *El escándalo*, una obra que no fue del gusto de la crítica, pero que resultó un hito en el desarrollo de este tipo de narraciones. Desde la década de 1870 hasta finales del XIX, las novelas de tesis o novelas ideológicas de signo ultramontano o liberal menudean en los escaparates de las librerías.

En estas novelas de tesis, la imagen de la madre como modelo o antimodelo fue un elemento muy interesante. Las madres sublimadas, ángeles del hogar y dignas educadoras de sus hijos en la fe católica eran pintadas en contraposición a las madres desnaturalizadas, desapegadas del hogar y de la prole, en un despliegue de modelos o antimodelos reiterados en las novelas del último tercio del siglo XIX.

Esta fórmula dicotómica buena/mala madre tuvo un desarrollo particular en un tipo de obras de esos años, las novelas de la aristocracia, particularmente las de la aristocracia madrileña. En ellas se presentaba a la mujer aristócrata como frívola, inmoral y escasamente dedicada a la crianza y educación de sus hijos, a los que a menudo dejaba en manos de las amas de cría o de las criadas del servicio, y cuyo cuidado desatendía para acudir a las fiestas de sociedad o a eventos benéficos en los que procuraba el bienestar de niños pobres y enfermos. Aunque Pérez Galdós, en el personaje de Guillermina Pacheco de su novela *Fortunata y Jacinta*, presenta a una aristócrata que se desvive por los huérfanos empleando sus contactos con personas de la buena sociedad para lograr dinero y sufragar sus obras benéficas, esta imagen de la aristócrata presentada como solícita benefactora no era la habitual en la narrativa de la Restauración.

Las duquesas, marquesas y condesas que protagonizaron muchas novelas de ese período fueron presentadas como mujeres alejadas de la recta moral, de costumbres depravadas que se desarrollaban a su sazón en el ambiente obscuro de la capital de España, ciénaga de perversas costumbres para los novelistas de tesis y, en especial, para los regionalistas, y cuya maldad se hacía presente —en algunos casos— en la desafección y el escaso cariño que dedicaban a sus hijos, en el deseo de no tener vástagos —en otros— o, en el hecho de ser mujeres casadas que no se planteaban cumplir su papel esencial en la familia:

ser madres, lo que les ocasionaba problemas conyugales, y a menudo conllevaba un castigo moral por parte de sus creadores literarios.

En este vasto panorama de la novela de tesis y, en particular, de las novelas sobre la aristocracia, el papel de un escritor como José María de Pereda (1833-1906) no ha sido tratado con la intensidad que merece su producción narrativa. Se han analizado algunas de sus novelas de tesis, pero no se ha estudiado cuál es la contribución de este autor a la novela ideológica desde los inicios de su andadura literaria, ni tampoco se ha examinado —más que de modo parcial— el estudio de las figuras maternas que aparecen en sus primeros relatos (Blanco de la Lama, 1995). En estos aspectos me enfocaré con cierto detenimiento.

Pereda inicia su andadura como escritor con la elaboración de fallidas obras dramáticas, posteriormente recopiladas por su autor en el volumen *Ensayos dramáticos* (1869), así como con la publicación de multitud de artículos de prensa en periódicos políticos, redactados y publicados en la década de 1860, en los cuales el autor defendía la ideología conservadora y los postulados del carlismo (García Castañeda, 2000, 2004; Gutiérrez Sebastián, 2012, 2021). A mediados de esa década, en 1864, Pereda publicaba su primer libro de artículos de costumbres, *Escenas montañosas*, en el que compiló artículos aparecidos con anterioridad en la prensa santanderina, y unos años más tarde, en 1871, salió a la luz la obra *Tipos y paisajes*, colección también de artículos costumbristas publicados previamente en *Revista de España*.

En la década de 1870, decide adentrarse en el terreno de lo que hoy llamaríamos *novela corta* y escribe tres textos: *La mujer del César*, *Los hombres de pro* y *Oros son triunfos*, narraciones publicadas en la prensa (las dos primeras) y posteriormente compiladas en el libro *Bocetos al temple*.

La primera, *La mujer del César*, vio la luz en la *Revista de España* entre noviembre y diciembre de 1870 (tomo xvii, número 65, 10-xi-1870, pp. 18-39; número 66, 25-xi-1870, pp. 180-199 y número 68, 25-xii-1870, pp. 556-597); la segunda, *Los hombres de pro*, conoció tres ediciones en vida de Pereda.² El tercero de esos relatos, *Oros son triunfos*, apareció directamente en el libro en el que Pereda recopiló las otras dos, como acabo de indicar, en 1876.

² La primera apareció en el folletín de *La Reconquista*, a partir de marzo de 1872; la segunda es la recogida en el volumen de *Bocetos al temple*, en 1876, y la tercera, la que se publica

Considero que, en el camino de Pereda hacia la novela de tesis —que cultivó con éxito desigual en obras como *Don Gonzalo González de la Gonzalera* (1879) o *De tal palo, tal astilla* (1880)—, estas novelas breves de contenido moral en las que arremetía contra algunos problemas sociales y morales de su momento, como la depravación de la aristocracia o las “malas madres”, constituyen un elemento esencial. Sabemos de la admiración del novelista por Cervantes (García Castañeda, 2005) y no es descabellado, a mi juicio, pensar que el novelista tuvo en cuenta la tradición cervantina del didactismo de las novelas cortas presente en las *Novelas ejemplares*.³

Este intento de mezclar enseñanza y amenidad —siguiendo el modelo de prosa cervantina que tanto admiró Pereda— hace que podamos aplicar el marbete “novela ejemplar” a esos textos, más complejos que los artículos de costumbres y menos que una novela. Como se ha venido reiterando, la finalidad de estos relatos es eminentemente moralizante, pues, con su publicación, su autor pretendía salir a la palestra literaria para combatir la inmoralidad de las mujeres de la alta sociedad o las sospechas que podrían recaer sobre ellas cuando no mostraban el comportamiento adecuado, asunto que presenta en *La mujer del César*; la corrupción política y su descreimiento en el sistema parlamentario, en *Los hombres de pro*, novela en la que el tabernero Simón Cerojo llega a ser un ilustre diputado, o la crítica a los indios y a su desmedido afán de ascenso social, presentada en la tercera de las novelitas, *Oros son triunfos*. Con la mera enunciación de los asuntos de las novelas cortas incluidas en el volumen que acabo de hacer en el párrafo precedente, podemos darnos cuenta de que, con su escritura, José María de Pereda pretendía alertar sobre algunos de los que él consideraba males de la sociedad de su época.

en el primer tomo de las *Obras completas* de Pereda, con prólogo de Marcelino Menéndez Pelayo, en 1888.

³ Puede aducirse también la tradición didáctica del género de la novela corta, emparentada con el *exemplum* medieval, un aspecto que estudió Walter Pabst en su conocida monografía sobre la novela corta: “Las novelas cortas sobre las que recibimos las primeras noticias por vía teórico-literaria fueron fruto y obra del deseo de envolver en forma más amena y placentera la enseñanza que contenían, y a la que servía a la sazón toda la creación literaria” (Pabst, 1972: 64).

En la primera de estas novelas breves, *La mujer del César*, las consideraciones y prevenciones morales se refieren esencialmente al culto a las apariencias y al buen parecer que debe presidir todas las actuaciones de las mujeres que quieren ser y parecer honradas, dentro del modelo femenino del ángel del hogar:⁴ sumisa esposa y abnegada madre. Asimismo, se alude en el relato a los principales problemas asociados a las malas costumbres de las mujeres aristócratas: el culto a la ostentación y el excesivo lujo, así como la supuesta debilidad moral femenina, aspectos que ejemplifica Isabel, la protagonista de este relato, como representante de la mujer de clase alta que, contaminada por el ambiente, el “lodazal” madrileño, la “ciénaga” de la moralidad, abandona las buenas costumbres (Gutiérrez Sebastián, 1999, 2012). Este asunto será reiterado en varios relatos de Pereda y especialmente en su novela *La Montálvez* (1888), tal como ha estudiado Laureano Bonet en su edición de esta obra (Bonet, 1996).

En lo referente a la segunda de las novelas breves, *Los hombres de pro*, el tema político se convierte en el punto sobre el que el novelista pretende ejercer también su labor moralizante, junto con la crítica a una madre que pretende el ascenso social con el casamiento de su hija (Gutiérrez Sebastián, 2019), y, en el tercero de los *Bocetos*, *Oros son triunfos*, el novelista arremete contra una de las figuras que se reiterará en su narrativa: la del indiano, emigrante a las Américas que regresa a su tierra las más de las veces sin fortuna o con unos caudales más escasos de los que aparenta, que pretende lograr un ventajoso matrimonio y en el que se ejemplifica también el mal social de las apariencias engañosas, así como la crítica a la emigración, un tema siempre presente en la narrativa de Pereda.

La mujer del César se presenta como una novela de conflicto moral en la que Ramón, un mayorazgo legado del mundo rural, observa las relajadas costumbres del matrimonio formado por Carlos, su hermano, y por Isabel, una mujer que no sigue la vida de su esposo, que no es madre y que no muestra una conducta moral adecuada.

⁴ Información sobre el ángel del hogar y su reflejo en la cultura y literatura del XIX puede leerse en Aresti (2000), Molina Puertos (2009) e Irisarri Gutiérrez (2024).

La maternidad es —desde la perspectiva del narrador y de Ramón— el portavoz narrativo de sus valores morales, un tema esencial para revelar la decadencia de las costumbres de los aristócratas.

Así, la novelita nos presenta dos caracteres que tienen una relación conflictiva con su papel de madres: Isabel, por un lado, y la marquesa del Azulejo, por otro. Isabel es una joven esposa que, contraviniendo la naturaleza y las convenciones sociales, no manifiesta al inicio de la novela ningún deseo de ser madre. Tampoco es una mujer entregada al cuidado de su esposo, ni abnegada; en cambio, es gastadora y frívola, y vive para el lujo y las fiestas de sociedad.

El asunto de la ausencia del “heredero” se trata desde las primeras conversaciones de Ramón con su hermano, y la llegada del futuro vástago será —en opinión de Ramón— lo que haga cambiar la situación de incomunicación del matrimonio, una situación que procede de la tolerancia de Carlos hacia las costumbres de su mujer y también de que se considera inferior a ella, pues la fortuna personal que ha aportado al matrimonio es mucho menor que la de su acaudalada esposa.

A la carencia de deseo de ser madre, se unen en Isabel otros defectos provenientes siempre de su voluntad de seguir los dictados del gran mundo, en lugar de la recta moralidad y la vida virtuosa como madre de familia. Los resabios misóginos del narrador se muestran claramente en una larga descripción que comienza siendo un retrato físico de una mujer bella, rubia, adulada por los conquistadores y, a fin de cuentas, mujer:

Pero ésta era mujer al cabo, y como tal, o mejor dicho como de la falsa madera humana, no podía menos de ser débil por alguna veta; y la veta de Isabel era la ostentación, que ya hemos dicho que constituía el único o el mayor atractivo que parecía ofrecerle el gran mundo: por lo tanto, esta mujer, que no se curaba jamás de los admiradores que pudieran quemar incienso en los altares de otras bellezas, que veía impasible y desdeñosa pasar a su lado intrigas amorosas, rencillas de etiqueta y otras *menudencias* análogas, no podía prescindir de echar una mirada de curiosidad al talle, al cabello o al vestido de la más apuesta dama que se permitiera la osadía de aspirar a igualarse con ella en lujo, o en *novedad* siquiera, ya que no en elegancia. (Pereda, 1990: 61; énfasis del original)

En el desarrollo narrativo, el personaje de Isabel va cambiando. Aparece inicialmente como una dama despreocupada de todo lo que no sea el lucimiento social, que no piensa en nada más que su vestimenta y belleza, pero que no engaña a su marido. Sus devaneos y frivolidades con el vizconde del Cierzo culminan en el episodio en el que él le regala un aderezo de diamantes, para, después de que ella lo luzca en una fiesta, poder jactarse de haber conseguido sus favores sexuales. Isabel es honrada, pero la calumnia extendida por el vizconde ha arrojado sobre ella la mancha moral. Su marido ha sido informado por su cuñado de todos estos pormenores y, tras una discusión en el matrimonio, Isabel se enfrenta a la sociedad y defiende su honor en público: “porque estoy resuelta a no consentir que siga adelante esa criminal burla, y a hacer que comprendan los que hoy me difaman la diferencia que hay entre una mujer de honor y una despreciable... cortesana” (Pereda, 1990: 117).

El relato concluye con la reconciliación de los esposos, con la retirada de Isabel al remanso del hogar y con el deseo que en ella nace de reparar su honor entregándose a su marido y esperando su próxima maternidad. Con estas palabras del esposo, marcando el programa de vida de su mujer y escritas en los últimos párrafos de la novelita, se sella la paz entre ambos y se coloca la maternidad como elemento que los unirá para siempre: “El hogar doméstico, sus mil detalles, que no conoces todavía, al calor de los cuales, y no de otro modo, se forman y viven las dos grandes figuras de la humanidad: la esposa y la madre” (Pereda, 1990: 125).

En el personaje de Isabel se ha cumplido la sentencia de que “la mujer del César no debe ser honrada, sino parecerlo”, reelaboración popular del episodio de la acusación del joven patricio Publio Clodio de haber penetrado en la habitación de Pompeya, la esposa de Julio César, como lo relató Plutarco en *Vidas paralelas*.

El pecado de Isabel fue el abandono de su hogar y las desavenencias conyugales; la maledicencia de la buena sociedad fue su penitencia. Sin embargo, si el narrador no castiga fatalmente al personaje a la degradación es porque tiene en cuenta que Isabel es una mujer huérfana de madre, que no ha podido recibir las enseñanzas morales que hubieran podido regir su comportamiento como esposa y se ha criado en una sociedad frívola y depravada, lo que su propio marido denomina “su medio natural”. De nuevo, vemos la imagen de la madre como recta guía moral del comportamiento humano, la presencia de un ideal de maternidad femenina cristiana que aparecerá encarnado en varios

personajes de novelas posteriores del autor, entre las que podemos destacar a doña Marta en *De tal palo, tal astilla*.

El castigo de Isabel por no querer ser buena esposa y madre responde, en definitiva, a la defensa de una concepción de la mujer “que todo lector del XIX reconocería como el ideal femenino, viéndolo repetido *ad nauseam* en lecturas modélicas como *La mujer*, de Severo Catalina (1863), *Cartas trascendentales*, de José Castro y Serrano (1863), *La mujer del siglo XIX*, de A. Llanos y Alcaraz (1864) y una ola invasora de novelas folletinescas” (Valis, 1990: 29-30).

El carácter didáctico-moralizante de *La mujer del César* motiva la presentación de este modelo negativo de mujer que aún no es madre, embrión de otras mujeres aristócratas que ejercen a duras penas su papel maternal, como las aparecidas en novelas como *La Montálvez* de Pereda. Pero la severa voz del narrador de este relato —en su alabanza de las buenas madres, que resulta en realidad una presentación de las malas— no se limita a la presencia de este personaje de Isabel, que aún puede redimirse en un futuro no narrado, y el narrador se dedica a crear un personaje femenino que encarna todos los vicios de la aristocracia madrileña y que es el contramodelo de la imagen de la madre bondadosa: la marquesa del Azulejo.

La marquesa se presenta desde el distanciamiento irónico del narrador, presente en la denominación de su título nobiliario: “Del Azulejo”, que remite a una nobleza doméstica y ridiculizada, hasta el modo caricaturesco con el cual se alude en el texto a las “honorables” funciones del marqués en el mundo cortesano: “Era en Palacio yo no sé qué cosa muy honorífica, a manera de saca-bancos: ello es que le valía el derecho de gastar su poco de tricornio y aun sus remedos de espadín, amén de la indispensable bordada casaca, los días de gran ceremonia en la corte” (Pereda, 1990: 62-63), o incluso los antecedentes que sobre la marquesa nos proporciona: “antes de serlo por su casamiento, no pasaba de ser una infanzona tronada con amagos de hambrienta” (Pereda, 1990: 63).

La conducta moral de la marquesa es reprochable por su ociosidad y por cierta relajación de costumbres, pero la crítica más severa se produce por su consideración como una madre desnaturalizada, en un párrafo que sin un contexto de lectura adecuado podría considerarse naturalista:

De recién casada la marquesa, dio a luz un heredero; pero se puso tan nerviosa con el lance, y llegaron a serle tan insoportables los jipidos de la criatura, que hubo necesidad de echar a ésta de casa y encomendarla a los cuidados de una aldeana.

A los dos meses de hallarse el niño en el campo, fue un día a Madrid la nodriza con las ropas del ángel de Dios, diciendo que éste se había largado al otro mundo de un hartazgo... y que allí estaba aquello. La marquesa soltó un grito de sorpresa y un par de onzas de propina para la nodriza; recogió el hatillo como un recuerdo, y no tuvo el lance más consecuencias... ni el marqués más herederos. (Pereda, 1990: 63)

Esta cruel reacción es relatada de un modo intencionadamente frívolo e incluso irónico por parte del narrador, para incidir aún más en el antinatural sentimiento materno de la marquesa, el cual —como indica la crítica— no era exclusivo de los personajes de las clases altas en las novelas de Pereda: “La madre desnaturalizada no sólo se da en las clases suburbanas que describe Pereda en *La Leva*, *El fin de una raza*, o *La buena gloria*, sino en la clase aristócrata que, en algunos momentos demuestra tener sentimientos muy poco naturales, como es el caso de la Marquesa en *La mujer del César*” (Blanco de la Lama, 1995: 127).

Pero el abandono de su vástago no es la única tacha moral que se puede poner a la conducta de la marquesa, pues a él se suma, entre otras tachas, la inmoralidad producida por su falsa vivencia de la religión. El misticismo exagerado del que hace gala está motivado más por el aburrimiento que por una verdadera fe religiosa, tal como era típico en las mujeres de las esferas aristocráticas de la sociedad en el siglo XIX, quienes “mundanizaban la religión hasta el extremo de vivirla como una diversión más” (Miranda, 1982: 282).

La marquesa, “frívola y vengativa” (Fitzmaurice-Kelly, 1910: 299), manifiesta también una gran volubilidad en su repentino alejamiento de la piedad, para entregarse por completo a la filantropía. Para concluir el retrato de este personaje, se insiste en su principal defecto: la curiosidad, que trae de cabeza a su marido, y que es la causa de su amistad con Isabel.

Junto con las pinceladas de este retrato del personaje por parte del narrador, sus intervenciones dialogadas la acaban de perfilar como una mujer frívola, moralmente reprobable, en exceso curiosa y absolutamente cruel y ridícula.

En definitiva, a finales de la década de 1860 y a lo largo de la de 1870, una serie de novelas de tesis y folletinescas, entre las que citaré, sin ánimo de

exhaustividad, *Las cortesanas del siglo XIX* (1863), de Rafael del Castillo; *El bautismo de lágrimas: novela ejemplar*, de Cecilio Navarro (1866); *La camelia y la mariposa*, de Teodoro Guerrero (1872), o *Las buenas y las malas madres*, de Manuel Fernández y González (1875), habían presentado el antimodelo de la mala madre en todas las clases sociales. Esta madre desnaturalizada seguirá apareciendo en las novelas hasta el final del siglo XIX, y, si bien en las clases sociales bajas podía disculparse en cierto modo su desafección hacia la prole por las difíciles condiciones económicas, en la alta sociedad su delito era absolutamente injustificado, especialmente por los novelistas cultivadores de la novela de tesis religiosa, entre los que se encontraba Pereda.

Este narrador —imbuido de este contexto literario y de unas férreas creencias políticas y religiosas— concibe la sátira para recrear a estas mujeres aristócratas que se desentendían de sus hijos. Considero que, en el camino de la novela de costumbres de la alta sociedad, un primer esbozo de esos personajes femeninos de madres ausentes o crueles podría encontrarse en *La mujer del César*. Es cierto que Pereda nunca dejó de retratar madres idealizadas o desnaturalizadas a lo largo de su producción literaria, pero el rescate crítico de estos primeros textos del novelista nos reafirma en una idea que hemos presentado sobre este escritor: la de la reiteración de motivos, personajes y fórmulas literarias a lo largo de su trayectoria.

Pereda puso sus armas literarias al servicio de la novela de tesis, y ésta debía reprobar a las malas madres. Era lógico que un escritor educado en las lecturas de los clásicos y los místicos por su amante madre —doña Bárbara, una mujer ultracatólica, que tuvo veintidós hijos (de los cuales el novelista era el menor)— se entregara con la pasión de su saña satírica a la pintura de esas malas madres que tanto abundan en su narrativa y de las que la marquesa del Azulejo, en esta primera novela corta, es un primer esbozo.

BIBLIOGRAFÍA

- Aresti, Nerea (2000), “El ángel del hogar y sus demonios. Ciencia, religión y género en la España del siglo XX”, *Historia Contemporánea*, núm. 21, pp. 363-394.
- Blanco de la Lama, Asunción (1995), *Novela e idilio en el personaje femenino de José María de Pereda*, Santander, Pronillo.
- Bonet, Laureano (1996), Introducción a la edición de *La Montálvez* de José María de Pereda, en *Obras completas*, tomo VI, Santander, Tantín, pp. 411-468.

- Duque de Rivas [Ángel de Saavedra] (1860), “Contestación al discurso antecedente por el Excmo. Sr. Duque de Rivas”, en *Discursos leídos en las recepciones públicas que ha celebrado desde 1847 la Real Academia Española*, Madrid, Imprenta Nacional, tomo II, pp. 405-414.
- Fitzmaurice-Kelly, James (1910), *Lecciones de Literatura Española*, traducción de Diego Mendoza, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez.
- García Castañeda, Salvador (2005), “‘El cervantismo’ de Pereda y la crítica esotérica del Quijote”, *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, vol. LXXXI, pp. 119-173.
- García Castañeda, Salvador (2004), *Del periodismo al costumbrismo. La obra juvenil de Pereda (1854-1878)*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- García Castañeda, Salvador (2000), “La primera empresa periodística de Pereda: *El Tío Cayetano* de 1858-1859”, en *Homenaje a José María Martínez Cachero, Investigación y crítica*, Oviedo, Universidad de Oviedo, vol. II, pp. 644-656.
- Gutiérrez Sebastián, Raquel (2021), “La teoría de la novela en los tratadistas del siglo XIX”, en Javier Voces Fernández, Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez (coords.), *Teoría de la novela: pasado, presente y futuro*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 133-142.
- Gutiérrez Sebastián, Raquel (2012), “El primer problema. Política en la narrativa de José María de Pereda”, *Crítica Hispánica*, vol. XXXIV, núm. 1, pp. 149-168.
- Gutiérrez Sebastián, Raquel (1999), “Mujer y transgresión en las primeras novelas de José María de Pereda”, en Kathleen M. Sibbald y Ricardo de la Fuente Ballesteros (coords.), *Las representaciones de la mujer en la cultura hispánica*, Valladolid, Universitas Castellae, pp. 197-207.
- Irisarri Gutiérrez, Raquel (2024), *La revolución de la estrella polar. La evolución del ideal de feminidad ante el cambio de la mentalidad española en la segunda mitad del siglo XIX*, tesis de doctorado en Humanidades, Logroño, Universidad de La Rioja.
- Miranda, Soledad (1982), *Religión y clero en la gran novela española del siglo XIX*, Madrid, Castalia.
- Molina Puertos, Isabel (2009), “La doble cara del discurso doméstico en la España Liberal: el ‘ángel del hogar’ de Pilar Sinués”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, núm. 8: *Economía y Guerra Civil Española*, pp. 181-198.

- Nocedal, Cándido (1860), “Discurso del Excmo. Señor Don Cándido Nocedal”, en *Discursos leídos en las recepciones públicas que ha celebrado desde 1847 la Real Academia Española*, tomo II, Madrid, Imprenta Nacional, pp. 371-402.
- Oleza, Joan (1998), “La génesis del Realismo y la novela de tesis”, en Leonardo Romero Tobar (ed.), *Historia de la literatura española*, vol. IX: *El siglo XIX (II)*, Madrid, Espasa Calpe, pp. 410-435.
- Pabst, Walter, (1972), *La novela corta en la teoría y en la creación literaria. Notas para la historia de su antinomia en las literaturas románicas*, Madrid, Biblioteca Románica Hispánica/Gredos.
- Pereda, José María de (1990), *Bocetos al temple*, en *Obras completas*, edición de José Manuel González Herrán, introducción y notas de Noël M. Valis, Santander, Tantín, tomo III, pp. 13-44.
- Valis, Noël M. (1990), Introducción, edición y notas de *Bocetos al temple*, en *Obras completas*, Santander, Tantín, tomo III, pp. 13-44.

RAQUEL GUTIÉRREZ SEBASTIÁN: Es catedrática de Didáctica de la Lengua y la Literatura, en el Departamento de Filología de la Universidad de Cantabria. Asimismo, es licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Valladolid, doctora en Filología por la Universidad de Santiago de Compostela, y especialista en la narrativa española de la segunda mitad del siglo XIX, particularmente en José María de Pereda, Emilia Pardo Bazán, y la literatura decimonónica con imágenes. Además, trabaja en otras dos líneas de investigación: la didáctica de la literatura (con énfasis en el álbum ilustrado) y la literatura escrita por mujeres (Consuelo Berges o Ana María Matute son autoras a las que ha dedicado varias investigaciones). Actualmente, funge como directora de la revista *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* y vicepresidenta de la Sociedad Menéndez Pelayo.

D.R. © Raquel Gutiérrez Sebastián, Ciudad de México, julio-diciembre, 2025.